

Juan Antonio Martínez Camino (ed.)



La fe en tiempos de pandemia

De la utopía a la esperanza



100XUNO

Juan Antonio Martínez Camino (Ed.)

La fe en tiempos de pandemia

De la utopía a la esperanza



© Juan Antonio Martínez Camino y Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2021

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, nº 79

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN EPUB: 978-84-1339-385-8

Depósito Legal: M-356-2021

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Los autores

Introducción

I. La ideología del progreso según Benedicto XVI. Diagnóstico, denuncia y alternativa

II. Sobre el progreso moral: ¿existe?

III. ¿Nueva época con el COVID-19? El cambio que pide el cuerpo humano

IV. «Ahora te han visto mis ojos» (Job, 42,5). El encuentro con Dios en la historia, clave para desvelar el misterio del sufrimiento

V. La Cruz, salvación del Dios de la historia. Teología de la Cruz y pandemia actual

VI. La Iglesia, Pueblo de Dios en esta historia

VII. ¿Qué aprender de esta cuarentena global? Reflexiones de un monje

LOS AUTORES

Juan Antonio Martínez Camino, SJ, obispo auxiliar de Madrid, presidente de la Subcomisión episcopal para las universidades y la cultura, fue secretario general de la Conferencia episcopal española y catedrático de Teología. Los últimos cinco años ha dirigido el curso de teología en los Cursos de La Granda (Asturias).

Sergio Sánchez-Migallón Granados, sacerdote, profesor ordinario y decano de la Facultad Eclesiástica de Filosofía de la Universidad de Navarra. Entre sus obras: *La persona humana y su formación en Max Scheler* y *Ética filosófica*.

José Granados García, superior general de los Discípulos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, catedrático del Instituto Juan Pablo II en la Universidad Lateranense de Roma, su última publicación es *Teología de la creación: de carne a gloria*.

Ignacio Carbajosa Pérez, sacerdote, responsable de Comunión y Liberación en España, catedrático de Antiguo Testamento en la Universidad San Dámaso de Madrid, ha publicado recientemente en Encuentro *Testigo de excepción. Diario de un cura en un hospital de COVID-19*.

Ángel Cordovilla Pérez, sacerdote, profesor agregado de Teología dogmática en la Universidad Pontificia Comillas de Madrid. Entre sus obras: *El misterio del Dios trinitario* y *Teología y espiritualidad del ministerio apostólico presbiteral*.

Alfonso Carrasco Rouco, obispo de Lugo, presidente de la Comisión episcopal para la educación y la cultura, ha sido catedrático de Teología

dogmática en la Universidad San Dámaso de Madrid.

Mauro-Giuseppe Lepori, actual abad general de la Orden del Císter, en Roma, fue abad de su monasterio de Hauterive (Suiza). En Encuentro ha publicado su obra *Simón, llamado Pedro y Jesús también estaba invitado*.

INTRODUCCIÓN

LA PANDEMIA GLOBAL DE 2020, ¿FIN DE LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO?

No es la primera vez que la Humanidad se ve azotada por un flagelo que amenaza su supervivencia y pone en cuestión los esquemas ideológicos por los que la vida se regía hasta entonces. Unos fueron catástrofes naturales, como las glaciaciones, el terremoto de Lisboa de 1755 y la gripe de 1918. Otros fueron de hechura humana, como la Guerra de los treinta años, la Revolución francesa y las guerras mundiales y genocidios del siglo XX, las violencias más mortíferas de la historia y las más recientes.

La pandemia de la COVID-19 es, sin duda, uno de esos flagelos que muy probablemente marcarán época. Pero no es uno más. Porque por primera vez todos los habitantes de la Tierra nos sentimos directamente amenazados, en nuestras personas y familias, por el contagio de una enfermedad nueva, cuyas secuelas no son conocidas y con alto índice de mortalidad. Todos, amenazados directamente y en percepción sincrónica del peligro. Es la primera pandemia global. Los veloces medios de transporte de los que hoy se dispone han transmitido la crisis y la muerte como un rayo. Al mismo tiempo, la red de comunicación universal ofrece información en tiempo real de lo que está pasando en cualquier lugar del planeta. Parece que se trata de una catástrofe de origen natural o fortuito, pero es de realización humana. La pandemia se ha hecho global, porque la vida humana se ha hecho global y la amenaza es percibida de modo global.

¿Qué consecuencias tendrá esta situación en el modo de concebir la vida y los patrones por los que se rigen las personas, los pueblos y la

comunidad internacional? ¿Serán tales que se pueda hablar de un cambio de época? ¿Qué es lo fundamental que podría cambiar del modo actual de vida y de las ideas que lo rigen?

Ahora cada persona está recordando constantemente su vulnerabilidad, incluidos los jóvenes. Pero además, también se está poniendo de relieve la vulnerabilidad de la Humanidad en su totalidad. Se habla de una experiencia de «macrovulnerabilidad» del entramado mundial, que, naturalmente, va más allá de la «microvulnerabilidad» de las personas. No son solo la vida y el nivel de vida de los individuos los que se muestran frágiles. Es la Humanidad misma la que se muestra y es percibida como vulnerable y en peligro.

Pues bien, si esta percepción de vulnerabilidad de la Humanidad se consolidara y pasara a ser una experiencia asumida y generalizada, se podría poner en cuestión uno de los mitos fundantes de la Modernidad; a saber: que la Humanidad es capaz de ofrecerse a sí misma la salvación. Si la Humanidad es vulnerable y es percibida así, no se podrá ya esperar de ella la plenitud de la que ahora se carece y que de ella espera la cultura pública mundial dominante. La Humanidad no podrá ser tenida por el sujeto anónimo de una acción superadora de todos los límites a los que ella misma se ve sometida y que causan a tantos —¡a todos!— insatisfacción y sufrimiento. Esto equivaldría al desenmascaramiento social de la llamada *ideología del progreso* y a la apertura de un nuevo capítulo de la Historia.

¿Ocurrirá así? No lo sabemos. Primero, porque nos encontramos todavía en medio de la pandemia y desconocemos cuál será la magnitud final de sus consecuencias económicas, sociales y culturales. Pero no lo sabemos, sobre todo, porque se trata, al fin, de una determinación de la libertad humana, la cual no es simplemente predecible. En todo caso, no parece fácil que un cambio de tal envergadura vaya a ser posible a corto plazo. Pero el fenómeno que padecemos presenta caracteres que nos permiten plantearnos con pertinencia la pregunta, nada fácil de resolver: ¿estaremos ante un cambio de época? ¿Saldrá fortalecida la esperanza

verdadera y se abandonará la utopía del progreso, en lo que tiene de falsa e inhumana? ¿Se dará al menos un paso importante en ese sentido?

Esta es la pregunta que abordamos los días 25 al 27 de agosto en el curso-seminario que tuvo lugar en La Granda (Asturias) y del que ofrecemos en este libro algunos de sus resultados. Ojalá sirvan para incentivar una reflexión que ayude a pasar del miedo a la esperanza.

JUAN ANTONIO MARTÍNEZ CAMINO

Madrid, 14 de septiembre de 2020

Exaltación de la Santa Cruz

I. LA IDEOLOGÍA DEL PROGRESO SEGÚN BENEDICTO XVI. DIAGNÓSTICO, DENUNCIA Y ALTERNATIVA

Juan Antonio Martínez Camino

Presento la descripción o diagnóstico que Benedicto XVI ha hecho de la «ideología del progreso», la denuncia a la que la somete y la alternativa que ofrece. Creo que esta reflexión puede servir como marco para examinar la nueva situación creada por la pandemia global de 2020 preguntándose si con ella podría acontecer un cambio de época y en qué sentido podría darse tal cambio. Primero, porque me parece que en la temática de la ideología del progreso se halla la clave definitoria de la época actual y, por tanto, el presupuesto para hablar del aludido posible cambio. Y, segundo, porque el gran teólogo y papa alemán es uno de los autores y líderes de nuestro tiempo que ha abordado el asunto con mayor empeño y acierto.

DIAGNÓSTICO: LA GÉNESIS DE «LA FE EN EL PROGRESO» O IDEOLOGÍA DEL PROGRESO

El teólogo Joseph Ratzinger dio gran relevancia, desde el comienzo de su carrera académica y pastoral, al tema de la moderna «fe en el progreso». Relevancia que mantiene y potencia cuando, ya como papa Benedicto XVI, lo convierte en asunto central de la segunda de sus tres encíclicas, la titulada *Spe salvi*, de 2007.

El joven profesor Ratzinger escribió en 1961 el texto de la histórica conferencia que pronunció el cardenal Josef Frings en un simposio organizado en Génova sobre el sentido que habría de tener el

aggiornamento que Juan XXIII había señalado como tarea del concilio por él anunciado¹. ¿Cuál era ya, según el desconocido Ratzinger de entonces, el rasgo fundamental del mundo, cuya cultura habría de ser discernida por el concilio con el fin de *aggiornare*, es decir, de proseguir en estos tiempos el proceso secular de inculturación del Evangelio? Ratzinger hablaba de la *Wissenschaftsgläubigkeit*², es decir, la credulidad de las masas ante la ciencia, presupuesto básico de la idea del progreso como ideología. Esa credulidad era, según el joven profesor de Bonn, una nota básica de la cultura a la que el concilio habría de anunciar de nuevo el Evangelio. Naturalmente se trata de credulidad en la ciencia empírica, la cual, según Comte, iba a resolver todos los problemas humanos, incluso los más «espirituales». Tal fe ingenua implica, por tanto, una «religio technica», que pasa a ocupar el lugar de la «religio naturalis». A la postre, un nuevo tipo de paganismo cuyo dios supremo es la Humanidad del «homo technicus».

Pero frente al «progreso técnico» entendido como nueva religión, puede haber también un «auténtico progreso»; no habría por qué demonizar la técnica. El auténtico progreso sería aquel que dejara un espacio libre de técnica para lo más humano de lo humano. Es decir, en palabras de Ratzinger en boca de Frings: para «el amor (que) sigue siendo siempre el gran milagro que se sustrae a todo cálculo, la culpa (que) sigue siendo la oscura posibilidad que ninguna estadística puede anular y, en el fondo del corazón del hombre, esa permanente soledad que clama por el Infinito y que, al final, no puede ser resuelta por ninguna otra cosa, porque la sentencia sigue siendo válida: ‘solo Dios basta’; solo el Infinito es suficiente para el ser humano, cuya medida, quiérase o no, está dispuesta para nada menos que lo infinito».

El texto de Génova describía ya la globalización o unificación del mundo mediada por el lenguaje y el poder de la técnica. Tomaba nota también del fenómeno de la «desideologización» de las masas, en muchas ocasiones menos interesadas por cualquier futuro «paraíso en la tierra», que por el simple confort presente de la autosatisfecha sociedad

del bienestar; y advertía de que cualquier situación que despertara a esa gente del sueño de su comodidad, podría volver a ideologizarla.

El cardenal Frings se llevó a Ratzinger a Roma como consejero personal suyo en el concilio. El tema planteado en Génova iba a constituir uno de los grandes caballos de batalla de las discusiones sobre las relaciones de la Iglesia con el mundo de hoy, que desembocaron en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*. Era, efectivamente, un asunto central en el proyecto de *aggiornamento* propio del concilio. No era fácil dejar claro —como denunciaba el cardenal en el aula conciliar con otro texto de Ratzinger— que «el progreso de este mundo no conduce en absoluto de modo directo al Reino de Dios y el trabajo en él nunca es capaz de producir la tierra nueva»³.

Una semana antes el joven perito conciliar había pronunciado una conferencia ante los obispos de lengua alemana, en el Colegio Anima, en la que adelantaba y desarrollaba los argumentos de la que iba a ser la próxima intervención de Frings, entre otras cosas, explicando el origen del concepto moderno de progreso⁴.

Ratzinger revelaba que seguía a Hans Freyer (1867-1969)⁵ al afirmar que el mundo de hoy se caracteriza por una doble experiencia: la de la unidad y esencial mundanidad del mundo y la de que el mundo es susceptible de ser hecho (*machbar*) por el ser humano.

La experiencia de que el mundo es uno/global y puramente mundo habría comenzado con la trasgresión geográfica del límite infranqueable que los dioses habrían impuesto al ser humano, cuando Cristóbal Colón atraviesa el Océano y, lejos de chocar con el monte del Purgatorio, como le había sucedido al Ulises del Dante, descubre América. Es el principio de la «desmitologización» de la tierra, descubierta ya como pura tierra, que no limita con ninguna supuesta geografía metafísica, y que, poco después, se completará con la desmitologización del cielo por Copérnico. La astronomía descubre que el cielo es tan mundo como la tierra, es decir, explorable con los mismos métodos y parámetros que esta, sin que quede espacio alguno

allá en lo alto para un supuesto «cielo empíreo», lugar de la morada divina. A la desmitologización espacial de tierra y cielo, seguirá, sobre todo desde el siglo XIX, la del tiempo. La historia será ya también ella pura historia, homogéneamente abordable, sin límites impuestos desde fuera por caídas y redenciones... (Cf. Darwin y Marx, no mencionados expresamente en la conferencia romana del Alma)⁶.

Si el mundo y el tiempo son homogéneos, globales, es porque han sido y serán cada vez más objeto del arte humano, es decir, de la técnica. El mundo se revela a la ciencia y se somete cada vez más al poder del *homo technicus*. El ser humano, por su parte, se descubre como capaz de hacer el mundo, su mundo. Ya lo había previsto así expresamente Francisco Bacon (1561-1626), al comenzar el siglo XVII. Pero la revolución industrial del XIX abrirá una segunda etapa del tiempo moderno, cuyo intérprete típico bien podría ser Augusto Comte (1798-1857).

A Bacon Benedicto XVI le reserva un lugar central en la encíclica *Spe salvi*. Escribe en el número 16:

[...] La novedad [del tiempo moderno, que conlleva *la victoria del arte sobre la naturaleza*] —según la visión de Bacon— consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios le había dado al hombre y que se perdió por el pecado original [Remite a *Novum Organum* I, 117 y 29].

Y continúa, en el número siguiente, el 17:

Quien lee estas afirmaciones, y reflexiona con atención, reconoce en ellas un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la «redención». Ahora, esta «redención», el restablecimiento del «paraíso» perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación recién descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel —el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas— al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso. En efecto, para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones recién iniciadas son solo un comienzo; que gracias a la sinergia entre ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un